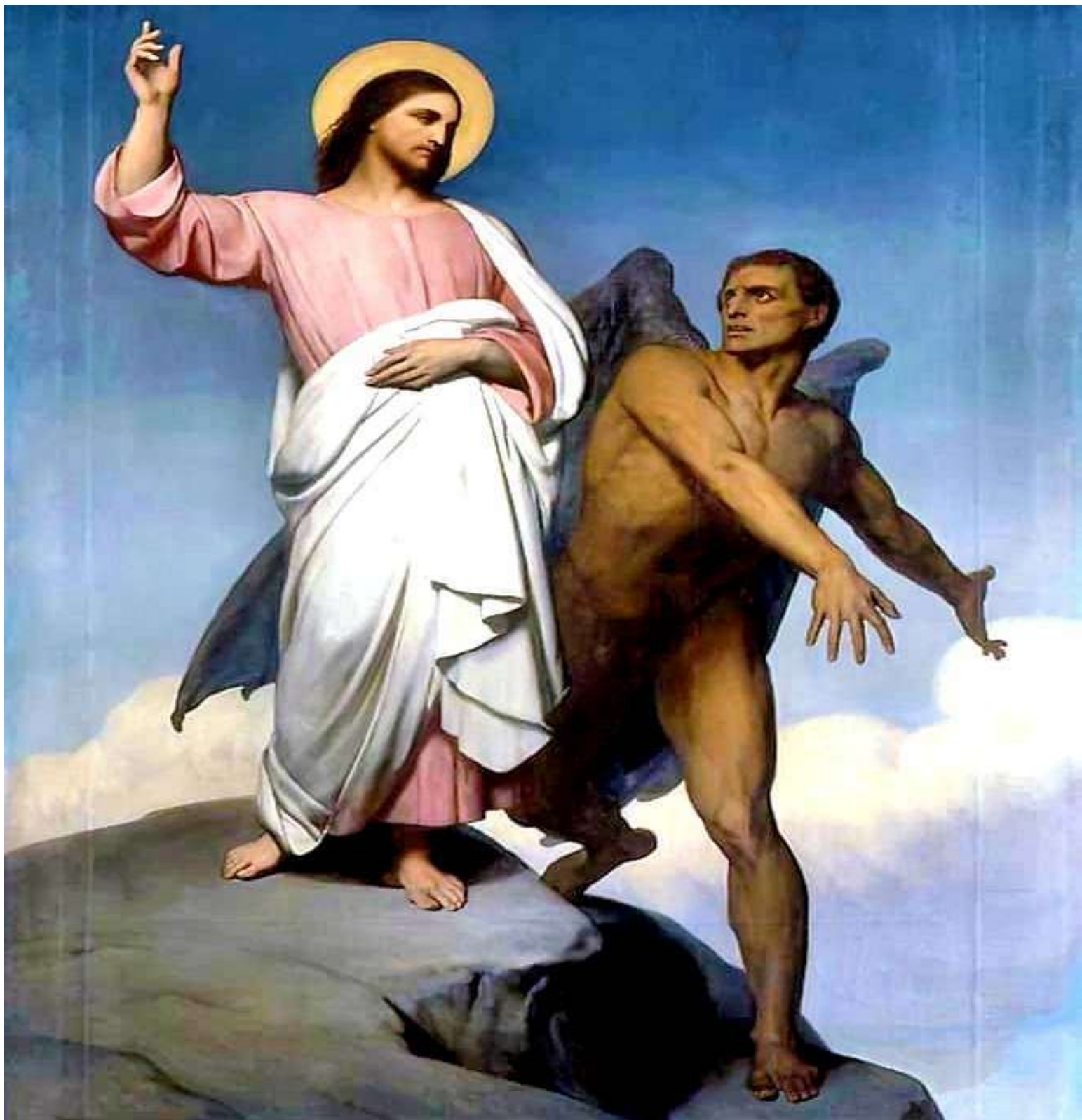




***EL COMBATE
ESPIRITUAL
CON EL MALIGNO
SE AFRONTA CON LA
FUERZA DE LA
PALABRA DE DIOS.***

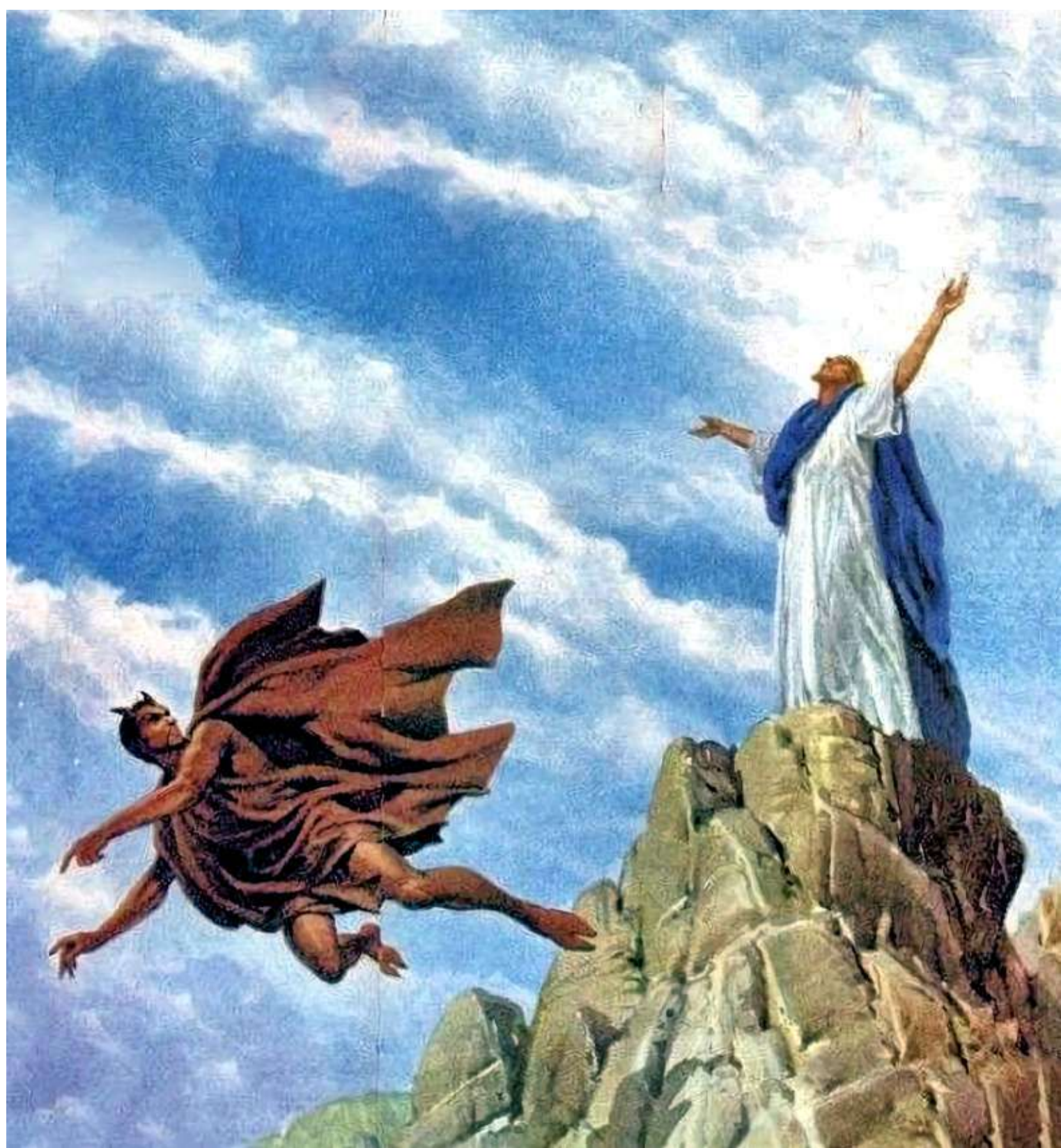


Mateo 4,1-11

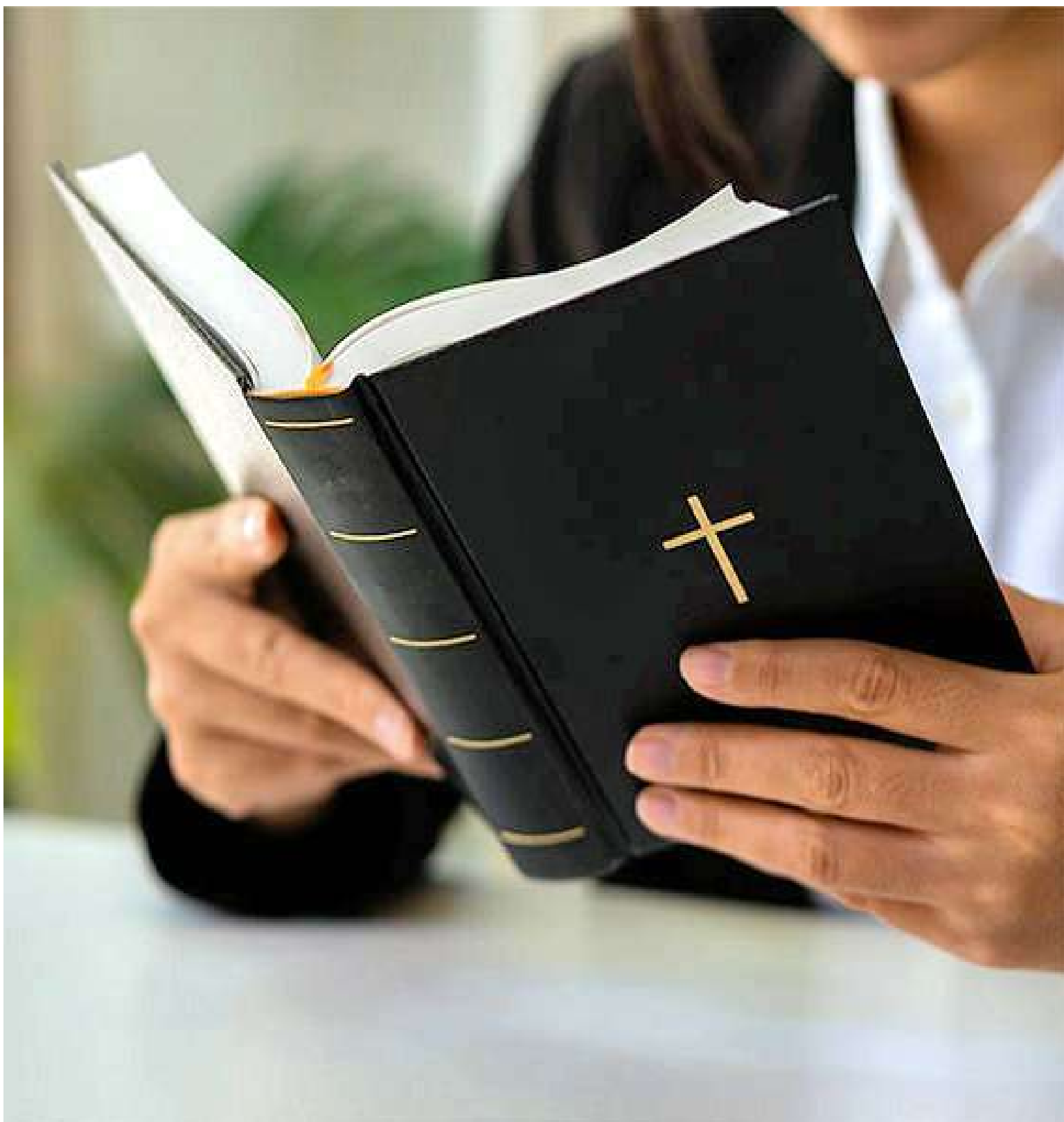
**Le dijo Jesús:
“Vete Satanás,
porque está escrito:
‘Al Señor, tu Dios,
adorarás y a Él sólo
darás culto’.”**



Jesús ayuna “durante cuarenta días con cuarenta noches” y se muestra hambriento, en aparente privación de ayuda divina y poder material. El tentador, entonces, cita retorcidamente las Escrituras para que Jesús caiga en alguna forma de intemperancia, avaricia o idolatría, en las que hace caer a los hombres, quienes utilizan o rechazan a Dios para exaltarse a sí mismos.



Satanás quiere llevar a Jesús por el falso atajo del éxito y de la gloria para desviarlo del camino de la obediencia y de la humillación –porque sabe que así, por este camino, el mal será derrotado–. Pero las flechas venenosas del diablo son todas detenidas por Jesús con el escudo de la Palabra de Dios. Y es así como el Hijo de Dios, lleno de la fuerza del Espíritu Santo, sale victorioso del desierto.

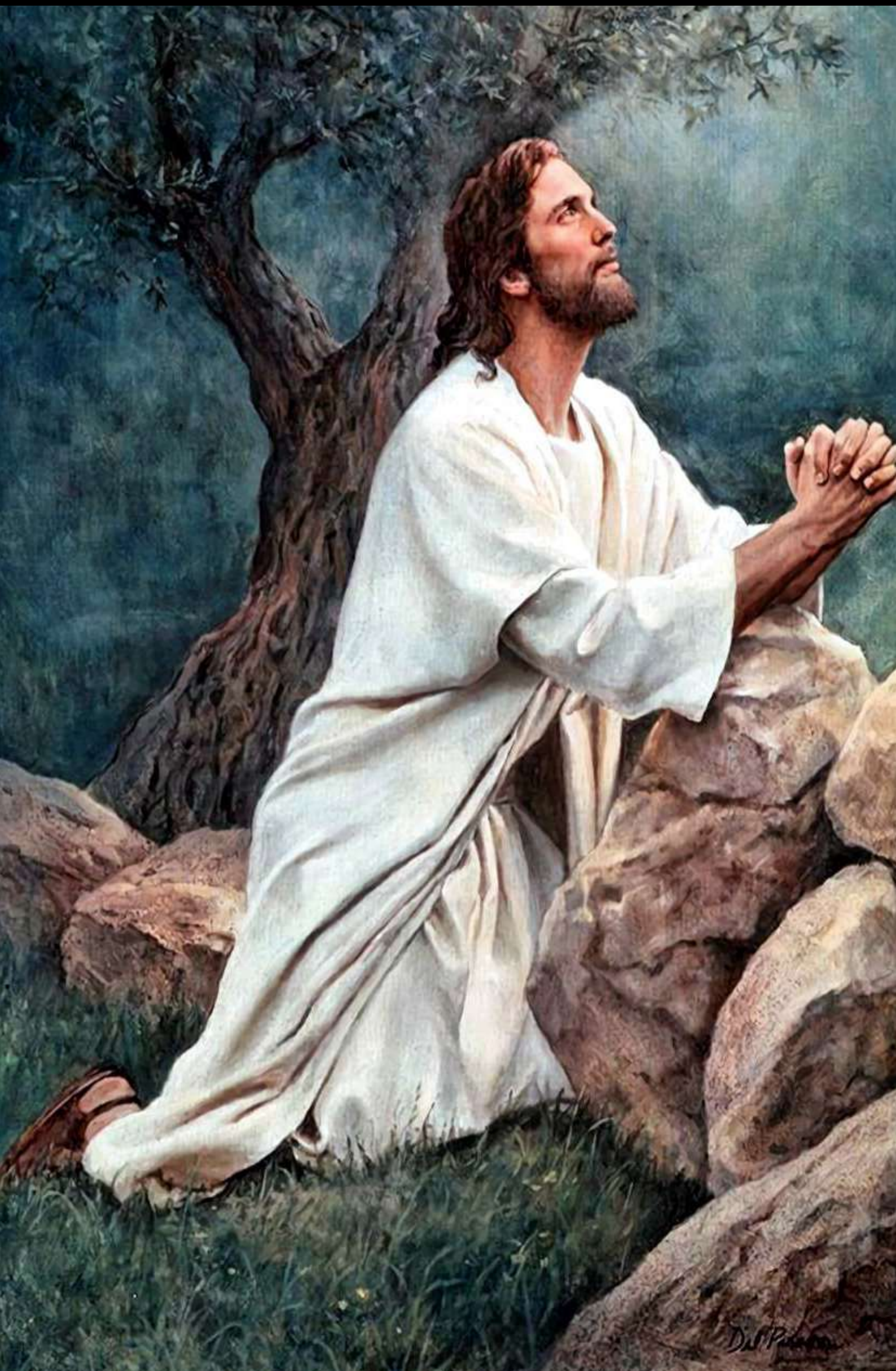


Todos vivimos de una forma u otra cada día estas pruebas del desierto. El núcleo de toda tentación –como se aprecia aquí– es dejar al margen a Dios, el cual, comparado con todo lo que parece urgente en nuestra vida, es visto como secundario, cuando no superfluo y molesto. La Palabra de Dios, siempre actual y eficaz, tiene la fuerza para derrotar a Satanás. Por eso es necesario familiarizarse con ella: leerla a menudo, meditarla, asimilarla.



Las prisas, el afán de eficacia humana y las dificultades diarias pueden llevarnos a descuidar, a olvidar e incluso a rechazar el trato con Dios; o a esperar de Él una intervención llamativa que nos hiciera reaccionar. La Cuaresma es el camino del Pueblo de Dios hacia la Pascua, un camino de conversión, de lucha contra el mal con las armas de la oración, del ayuno y de las obras de caridad.

**Cuando la voluntad de Dios
es lo primero...**



Él nos exalta después.